

# QUIPU

## VIRTUAL

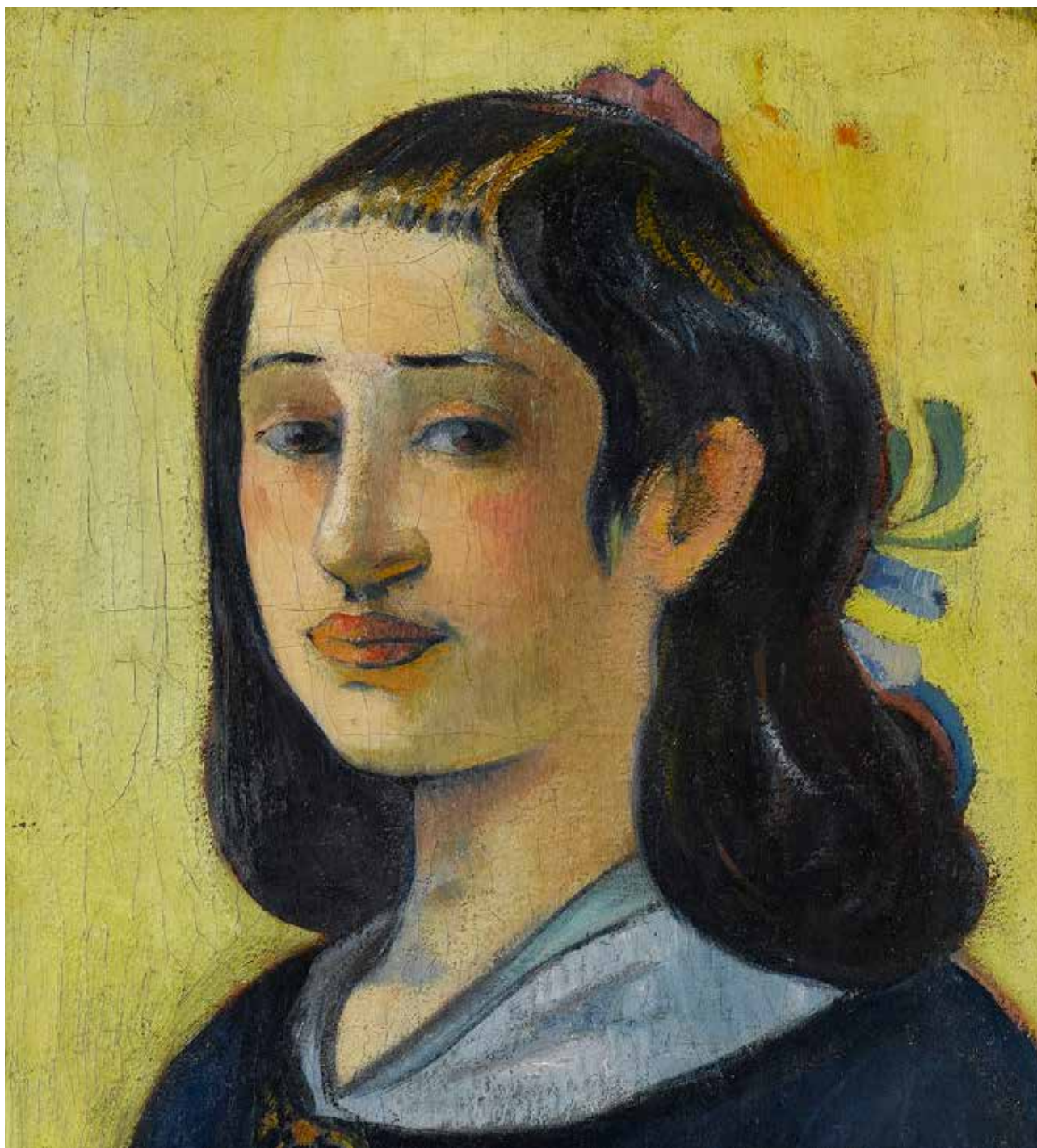


---

BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 139 27/1/2023

---

## MADAME GAUGUIN EN LIMA



# MADAME GAUGUIN EN LIMA

En noviembre de 1849 llegó al puerto del Callao, tras una difícil travesía desde Le Havre, Aline Gauguin -hija de la célebre feminista y luchadora Flora Tristán, y del fiero impresor André Chazal- con sus dos pequeños hijos, Marie, de poco más de dos años, y Paul, de apenas 16 meses, futuro genio de la pintura postimpresionista. El marido de Aline, el periodista antimonárquico Clovis Gauguin, había muerto en alta mar, cuando se dirigía con su familia al exilio peruano.

La joven viuda de 23 años y sus hijos fueron acogidos en Lima durante más de un lustro por su poderosa familia materna, los Tristán, uno de cuyos parientes estaba a punto de asumir la presidencia de la República. Aline fue aficionada desde entonces al arte precolombino, que dejaría honda huella en el pequeño Paul, quien aprendió a hablar en español y vivió su primera infancia lleno de mimos en la capital del Perú. Sobre la atribulada existencia de Aline, la conocida escritora y periodista Fietta Jarque (Lima, 1956) ha publicado una novela biográfica, *Madame Gauguin* (Lima-Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2022), de recomendable lectura. Aquí, un pequeño fragmento.

En su *Necesidad de acoger bien a las mujeres extranjeras*, Flora distingue tres categorías de mujeres que llegan a encontrarse en esta situación: las ricas y distinguidas que emprenden viajes con el fin de instruirse y divertirse, las mujeres que viajan por razones de negocios personales y las más desgraciadas e ingenuas, las que viajan al extranjero para huir de alguna tragedia. Aline siempre había querido pertenecer a la primera categoría, por eso, cuando la situación política en París se volvió en contra y Clovis, desesperado, buscaba una salida, ella le propuso ir al Perú, esa joven república lejana, ese país liberal en el que los mecanismos de la democracia todavía estaban en construcción. Le contó de la influencia de su familia en la vida política y eso entusiasmó más a Clovis que la promesa de un tesoro. Era una huida hacia delante, con la promesa de un nuevo mundo y una sociedad virgen necesitada de ideas modernas. Clovis había paladeado el sabor del poder y no se sentía capaz de renunciar a esas mieles. Así es que partieron entusiasmados de Francia, con prisas, aunque Aline lo hizo con la sensación de pertenecer al grupo de distinguidas y ricas señoras que viajan con su familia y también al de las que lo hacen por negocios personales.



J. M. Rugendas. *Tapadas*, Lima, 1884

Pero, ¡ay!, desembarcó en el Callao como las del tercer grupo: extranjera, sola, fugitiva y desgraciada.

Qué mal nos persigue, pensaba Aline. Su hija Marie tenía casi la edad en la que Flora perdió a su padre. El abuelo Mariano vivió más años en los sueños y los recuerdos de su viuda y su huérfana que los que pasó en la tierra. Ella misma no conoció a su padre hasta que tuvo diez años. Y ojalá no lo hubiera conocido jamás. Ese monstruo. Ese monstruo herido y salvaje. Odio y compasión. Y Clovis. El tierno e iracundo Clovis. No fueron unos años fáciles de matrimonio, pero su rápido fin los ha transformado en un baúl del que tranquilamente se extraen imágenes, palabras, recuerdos y reflexiones. Flora nostalgaba el matrimonio, la dependencia patriarcal. Flora habría envidiado su pronta viudez. Su libertad, su independencia. Flora, en su situación, habría alcanzado sus sueños. Habría sido presidenta, mariscala y defensora de un nuevo orden social. Habría dominado con su furor y sus visiones de un mundo más justo. Habría hecho historia, estaba segura. Pero Aline, no. Ella no había nacido para tan altos fines. «Para saber a dónde vamos, hay que saber primero quiénes somos y de dónde venimos», le decía con frecuencia Flora a Aline. Ella pensaba que era mejor para sus hijos que ignoraran su procedencia. Sería mejor ocultarles el pasado. Que ignoraran en lo posible todo lo relacionado con los desvaríos de su abuela, los crímenes de su abuelo, los sufrimientos y dramas de su propia niñez. Ella sabía de dónde venía, quién era, y no le gustaba nada. ¿A dónde se dirigía? ¿Qué sería en el futuro de ella y de los niños? Allí estaban los tres, lejos de todo, para averiguarlo.

*Reevolución caliente,  
música para los dientes.  
Azúcar, clavo y canela,  
pa' rechinar la muela...*



Jules Laure. *Retrato de joven con medallón* (Aline Gauguin), ca. 1845

A lo largo de todo el día se oían los pregones y reclamos de los vendedores que llevaban día a día, de casa en casa, todos sus productos. Desde el amanecer desfilaban por las calles el lechero con sus mulas balanceándose al ritmo del líquido de sus cántaros, el panadero con su bocina, el aguatero, la pescadera y la



Arriba: Paul Gauguin. *Autorettrato en forma de huaco*, 1889. Izq., el artista en 1891

tamalera, el afilador de cuchillos con su flautilla inconfundible, el frutero, en fin, un interminable trasiego. Las puertas falsas de las residencias se abrían y cerraban o simplemente se dejaban entreabiertas para que asomaran las caseras habituales con los encargos. El último que rondaba por las calles después del anochecer, vendía unas galletitas con granitos de anís, algo duras pero muy sabrosas llamadas *revolución caliente*. Se alumbraba con una linterna y llevaba colgado al hombro un fardo lleno de paquetitos de galletas en cucuruchos de papel que mantenía tibios con el calor de la lámpara. A Celinda le encantaban estas golosinas y Faustino, el vendedor, gritaba con insistencia su canto airoso y libertario cuando pasaba delante de la casa de los Tristán, retrasando el paso para darle tiempo a la sirvienta de escapar hasta la puerta y comprarle un paquetito o dos, más su yapa. A los niños les encantaba y la señora Aline le daba a Celinda unas monedas para que se los comprara de tarde en tarde. Pero esta noche Celinda no salió ni para decirle al pregonero que siguiera su camino. En cambio, el robusto indio vio salir de casa dos figuras oscuras que, al verse sorprendidas por la luz de su lámpara, se cubrieron con mayor cuidado para no ser reconocidas. A Faustino no le llamó la atención. En sus recorridos de más de diez años había visto a muchas tapadas salir de sus casas en busca de aventuras nocturnas. Es más, esa era una de las razones por las que disfrutaba de su trabajo vagabundo y en más de una ocasión había podido socorrer a alguna dama tan osada como ingenua que se había visto en aprietos al coquetear con hombres de escasos escrúpulos.

Las tapadas salían a estas horas y pululaban por las calles mezclándose con los paseantes que, a su vez, esperaban este tipo de encuentros fortuitos y misteriosos. Estas mujeres iban vestidas con la saya -la falda finamente plisada que ciñe de forma provocativa las formas de su cuerpo- y cubiertos los hombros y la cabeza con el manto, dejando a la vista solo un ojo en el que concentra toda la fuerza de su mirada. Una indumentaria que las igualaba para no ser reconocidas, pero que a la vez les daba total independencia para actuar individualmente. Catita llevaba a Aline a su primera salida como tapada. Aline conocía esta práctica gracias al libro de su madre, en el que se refería a estas mujeres con admiración por su ejercicio de la libertad, mucho más abierta que la que se estilaba en Europa. Solo que Aline, aunque estuviera hablando el castellano con facilidad, tenía un inconfundible acento francés que la delataba a la primera. Así es que advirtió a su amiga que, al menos esta vez, iría solo de comparsa.

Pero lo que la delataba no era solo el idioma. Aline pudo ver que el comportamiento de estas mujeres respondía a una serie de convenciones, gestos y actitudes que tardaría bastante en dominar. Para empezar, al ir

tapadas, las limeñas se movían con una gracia y ligereza distintas a las que había observado hasta ahora en los pocos meses de vida social que llevaba desde que llegó. Quizá porque el cómodo calzado, unos zapatitos de raso bordado, parecía ponerle alas a los piecillos de estas damas y porque el disfraz las convertía en actrices, en hadas casi voladoras o sensuales diosas paganas. Catita ya la había iniciado en el arte de ajustar el manto a la cintura y cubrirse el rostro. Había que hacerlo con modicidad e intención. Aline practicó ante el espejo dejando aflorar una oculta voluptuosidad que aún desconocía de sí misma. Había heredado los grandes ojos oscuros y las largas pestañas rizadas de su madre, así es que el efecto que producía al dejar uno de ellos enmarcado por la suave seda del manto era arrebatador. Su amiga era de las que llevaban siempre el antebrazo derecho -con el que se sujeta el manto- lleno de pulseras y los dedos repletos de sortijas porque, pese al anonimato del atuendo, había que marcar las diferencias de clase. Aline no tenía muchas joyas, pero la blancura de su piel era para muchos la virtud más apreciada.



Paul Gauguin. *Naturaleza muerta con manzanas, pera y huaco retrato*, 1889

Salieron de la calle de Gallos y se dirigieron hacia la Plaza Mayor, a unas cinco cuadras de allí. Los portales bullían de gente y el paseo que rodea la fuente estaba lleno de corrillos en los que todos discutían o se movían mirando mucho a los demás. Eran días agitados, los previos a las primeras elecciones presidenciales que podían celebrarse con campañas de propaganda. Los favoritos eran el general José Rufino Echenique -yerno de don Pío Tristán, marido de Victoria, organizador de un Club Conservador que lo apoyaba en su único afán de hacer prevalecer y cumplir la Constitución-; el negociante y candidato del Club Progresista -el primer partido político peruano- Domingo Elías, y el expresidente general Manuel Vivanco -tan presuntuoso como valiente-, aparte del propio general Ramón Castilla, presidente que se presentó a la reelección. Aline iba más atemorizada e insegura que garbosa y coqueta, sujeta al brazo de su amiga. Catita se sentía obligada, por tanto, a mostrar mayor dominio de la situación que de costumbre. Era una lección de «limeñismo». Se acercaron a una vendedora de mixturas y mientras acercaban los ramitos olorosos a su rostro velado, tres jóvenes galantes las rodearon soltándoles piropos que Catita emparó y devolvió con el mismo impulso. Se zafaron de ellos y siguieron dando vueltas por la plaza, una y otra vez abordadas por hombres de todo tipo, cruzándose además con no pocas tapadas que andaban en la misma danza.

En la portada: Paul Gauguin. *Aline, la madre del artista*, 1890. Staatsgalerie Stuttgart.

## LA PROMESA DE LA VIDA PERUANA

Hace justo ochenta años, el historiador Jorge Basadre (Tacna, 1903 -Lima, 1980), autor de la más importante historia de la primera centuria del Perú republicano, asumió con admirable tenacidad la difícil tarea de dirigir la reconstrucción de la Biblioteca Nacional, luego del fatal incendio ocurrido entonces. Ese mismo año, Basadre -que se preciaba de descender del último curaca de Tacna, José Toribio Ara, quien fue, además, precursor de la Independencia- publicó *La promesa de la vida peruana*, un ensayo de especial agudeza y vigencia, como puede apreciarse en su conocida reflexión final: «En nuestro país -escribe Basadre- no solo debemos preocuparnos de la distribución, sino también de la mayor producción y del mayor consumo. Nuestro problema no es solo de reparto, es también de aumento. Que el peruano viva mejor, pero que al mismo tiempo el Perú de más de sí {...}. Ninguna de nuestras soluciones nos vendrá, pues, cocida y mastificada de otros países, aunque sean hermanos, primos o prójimos. Y, sobre todo, nada se podrá hacer a fondo si al país no le conmueve la conciencia de sí, si no afirma, en esta hora feroz, su querer existencial nacional. Por eso, la promesa de la vida peruana atañe a la juventud para que la reviva, a los hombres de estudio en sus distintos campos para que la conviertan en plan, a la opinión pública en su sector consciente para que la convierta en propósito».



Al leer esto no faltará quien haga una mueca de sarcasmo, de amargura o de cólera, creyendo que se le habla de cosas manoseadas, vacías o cínicas. Porque la promesa de la vida peruana sentida con tanta sinceridad, con tanta fe y con tanta abnegación por próceres y tribunales, ha sido a menudo estafada o pisoteada por la obra coincidente de tres grandes enemigos de ella: los Podridos, los Congelados y los Incendiados.

Los Podridos han prostituido y prostituyen palabras, conceptos, hechos e instituciones al servicio exclusivo de sus medros, de sus granjerías, de sus instintos y sus apasionamientos. Los Congelados se han encerrado dentro de ellos mismos, no miran sino a quienes son sus iguales y a quienes son sus dependientes, considerando que nadie más existe. Los Incendiados se han quemado sin iluminar, se agitan sin construir. Los Podridos han hecho y hacen todo lo posible para que este país sea una charca; los Congelados lo ven como un páramo; y los Incendiados quisieran prender explosivos y verter venenos para que surja una gigantesca fogata. Toda la clave del futuro está allí: que el Perú se escape del peligro de no ser sino una charca, de volverse un páramo o de convertirse en una fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o la inacción de los peruanos».

## AGENDA

### ZORRO DE ARRIBA Y DE ABAJO

El narrador y poeta Óscar Colchado Lucio (Huallanca, Ancash, 1947) falleció hace pocos días en Lima, ciudad en la que residía



Foto: Eduardo Vásquez

desde inicios de la década de 1980. Luego de vivir en el pueblo de Huyllabamba durante parte de su infancia, terminó el colegio y pasó sus años juveniles en el puerto pesquero de Chimbote, donde José María Arguedas ambienta su novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, con cuyos símbolos -serrano y costeño- el propio Colchado gustaba identificarse. La obtención del Premio Copé de Cuento, en 1983, afianzó su vocación literaria y le permitió convertirse en una figura de interés para críticos y lectores. Autor de una conocida saga de literatura infantil en torno a las aventuras de su personaje Cholito, Colchado publicó entre otros libros *La tarde de toros* (1974), *Del mar a la ciudad* (1981), *Cordillera Negra* (1985), *Camino de Zorro* (1987) y *Hacia el Hanaq Pacha* (1989), hasta alcanzar la madurez literaria con su novela *Rosa cuchillo* (1997), que ahonda con maestría en la visión escatológica del mundo andino, en los duros años del terror. Entre sus últimas obras figuran *Hombres de mar* (2011), *La casa del cerro El Pino* (2013) -Premio Juan Rulfo de Radio France Internacional en 2002- y *Dos chicos del Rímac* (2018). Por el conjunto de su obra, Óscar Colchado mereció el Premio Casa de la Literatura Peruana (2018) y habrá de ser recordado como unos de principales renovadores e integradores de nuestras letras. «Con un oído -declaró por algo en una reciente entrevista- escucho a los Andes, con el otro, al mar».



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL  
**INCA GARCILASO**  
Ministerio de Relaciones Exteriores  
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú  
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe